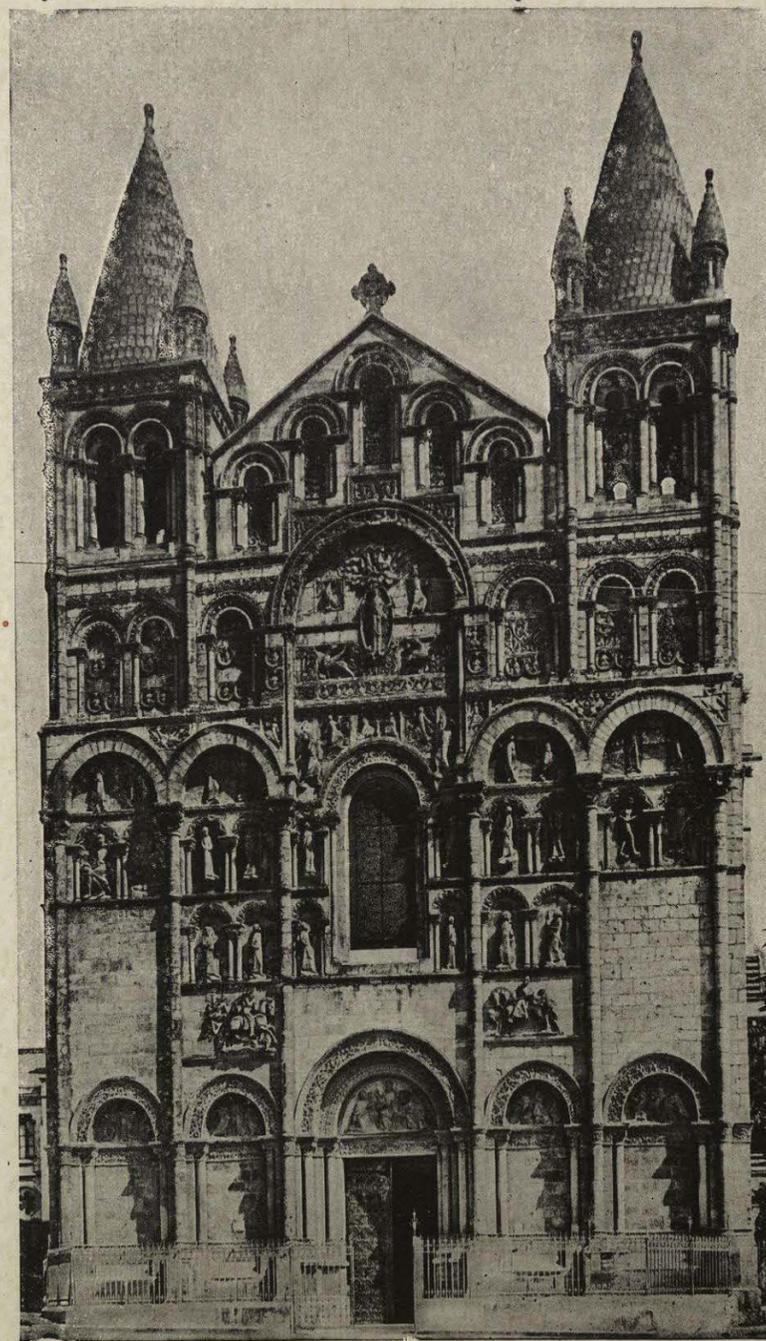


grueso de esas tropas de aventura, que aumentaban después de cada triunfo y se dispersaban después de cada desastre. En el ejército de Guillermo el Conquistador se habían alistado así multitudes de Flamencos, y, acabada la guerra, se quedaron en Inglaterra, donde, durante un centenar de años, otros compatriotas se sucedieron por bandas en esta nueva patria. Los príncipes del continente alquilaban también en gran número las gentes de Bélgica, «Brabanzones», llamados también «Cotereaux»; en la historia militar de los siglos XI y XII sirvieron para lo mismo que los Suizos cuatrocientos años después ¹.

Del mismo modo que los príncipes religiosos trataban de apoderarse del poder civil, acumulando los dos poderes sobre las almas y sobre los cuerpos, así también los señores temporales solían aceptar las dignidades y sobre todo las prerrogativas eclesiásticas. Así Hugo Capeto se hacía llamar «abad» lo mismo que «conde» de París; y podrían citarse muchos otros ejemplos análogos ². En su mismo conjunto, la caballería tomó un carácter religioso. El fanatismo cristiano, unido á la ambición, agrupó los nobles en cofradías que se asemejaban á las de los monjes, y que tenían también sus votos, sus reglamentos y sus ritos. Unas formas de iniciación rigurosamente seguidas, según el modelo que daban los más cumplidos caballeros, los de Champaña y Lorena, permitían al joven noble entrar en el cuerpo de los elegidos. Según era de uso para todos los adolescentes en los pueblos primitivos, cada uno de ellos comenzaba por un período de duras pruebas en el cual se probaba su valor, su fuerza de resistencia física y su ingenio, y al fin, cuando se le juzgaba digno de ser un hombre, la asamblea de los caballeros y de las damas, convocada ordinariamente en un gran día de fiesta, especialmente en Pentecostés, el día en que desciende el soplo del espíritu creador, se calzaba al candidato las espuelas de oro y de plata, la cota de malla y la coraza; el joven, arrodillado en el centro de la sala, recibía del más noble de los señores presentes los tres golpes tradicionales del plano de la espada, y quedaba hecho hombre. Al levantarse, recibía de sus iguales el beso fraternal y se

¹ H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, p. 134.

² Giambattista Vico, *Scienza Nuova*, edic. franc., p. 372.



Cl. Kuhn, edit.

ANGULEMA.—CATEDRAL DE SAN PEDRO. COMENZADA EN EL SIGLO XI, CONSAGRADA EN 1128

armaba con el casco, el escudo y la lanza. El señor feudal había recibido su juramento de pleito homenaje, los representantes de la Iglesia habían recibido también su promesa de adhesión eterna y de obediencia; por último, se había comprometido con el mundo entero á la franqueza, á la justicia, á la magnanimidad y sobre todo á la defensa de los débiles, de los huérfanos y de las mujeres. Una bella divisa y unos colores simbólicos habían de recordarle para siempre sus deberes.

En efecto, la historia nos dice que hubo nobles caballeros «sin miedo y sin reproche», solitarios que tomaron en serio los bellos juramentos que habían hecho, permaneciendo fieles á su divisa y á su dama, «caballeros andantes» que recorrían los campos en busca de tuertos que enderezar y desgraciados que defender; pero esos héroes de justicia, ya ridículos á los ojos de sus contemporáneos, han sido inmortalizados después bajo el nombre de «Caballeros de la Triste Figura». La mayor parte de los paladines, arrastrados por la violencia y la ambición, no daban por objeto á su vida más que guerrear, conquistar y oprimir las poblaciones vencidas.

En aquella época, monjes y caballeros, lo mismo que los mercaderes y todos aquellos que podían exceptuarse de las duras condiciones de la servidumbre, solían arriesgarse á las aventuras, frecuentemente peligrosas, pero siempre meritorias, de una peregrinación á las ciudades santas, las iglesias y los conventos donde se habían realizado milagros, y el centro de atracción por excelencia era el Santo Sepulcro: la visita de los «Santos Lugares» estaba tan en honor entre los cristianos como prosternarse en la Kaaba entre los islamitas. Pero los mahometanos tenían la Meca en su propio territorio, en tanto que los católicos habían de atravesar como suplicantes el territorio de los enemigos haciéndose abrir á fuerza de dinero las puertas de Jerusalem y del santo sepulcro. Los Sarracenos consideraban, como negociantes hábiles, la llegada de aquellos extranjeros á quienes era lícito explotar; pero los odios de raza y de religión estallaban con frecuencia cambiándose pedradas, insultos y cuchilladas en el curso de las procesiones. La más famosa de las peregrinaciones, la de 1064, compuesta de miles de fieles, unos siete mil,

siguiendo á pie al arzobispo de Maguncia y sus dignatarios sobre el camino del Gólgota, dió lugar, según dicen las crónicas, á admirables demostraciones de fe, pero también á escenas de matanza y de rapiña: ni una tercera parte de los peregrinos volvió á su patria¹. De ese modo el cuidado de la venganza se aumentaba incesantemente entre los cristianos: cada viajero que volvía del Santo Sepulcro predicaba su reconquista cerca de los suyos. Dos generaciones antes de que se llevase á cabo la Gran Cruzada se preparaban á ella las imaginaciones; de ella se hablaba en todas las asambleas eclesiásticas y en las cortes baroniales; debía hacerse porque se quería hacía mucho tiempo. Por otra parte las novelas y las leyendas, confundiendo las edades, colocaban ya en el pasado esa gran obra que los caballeros cristianos deseaban realizar. Así Carlomagno, habiendo concentrado en sí todas las glorias humanas, debía haber realizado también todas las ambiciones transformando todo ideal en victoria. Puesto que los cristianos sufrían la humillación profunda de ver la tumba de su Dios en poder de los Sarracenos, no necesitaba más el recitador de las leyendas para que atribuyera al gran rey el rescate del Santo Sepulcro. La cruzada predicada no tenía más que seguir sus huellas.

Sin duda el papa y el emperador, que se disputaban entonces el dominio de la Europa occidental, hubiesen preferido continuar directamente su lucha á lanzarse á las aventuras de una guerra lejana en países desconocidos, soltando la presa por coger la imagen de ella; pero la opinión pública — existente ya en aquella época — era demasiado poderosa para que fuese posible resistirla. Por otra parte, el papa tenía derecho á esperar que la ayuda aportada á los cristianos del mundo bizantino podría tener por consecuencia la unión de la Iglesia cismática á la suya, quedando en lo sucesivo como la única verdadera: tal había sido la política de Gregorio VII; hasta se había preparado para el viaje de Constantinopla, donde pensaba conducir en persona un ejército de socorro contra el Islam, pero estipulando bien sus condiciones de rescate de las conciencias².

¹ Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, achter Theil.

² *Ibid.*, p. 69.

No hay duda que la fe cristiana tuvo, como se asegura, una parte considerable en el movimiento que lanzó las bandas del Occidente sobre Palestina: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» exclamaban las multitudes en el delirio momentáneo que se apoderó de ellas á la voz de los oradores; mas por poderosa que pudiera ser la fe religiosa de los individuos, frecuentemente arrastrados por ella hasta la locura, esa misma fe permaneció siempre inferior á los intereses económicos inmediatos en las preocupaciones ordinarias de un pueblo: el alimento, la vida material de cada día son el cuidado dominante. Para impulsar un movimiento de tan poderosa intensidad como lo fueron las cruzadas, era preciso un móvil que obrase sobre las naciones en todo el espesor de las clases; gentes del campo y de las ciudades, sacerdotes y señores, y que poseyera bastante fuerza inicial para que el espíritu de imitación y la locura contagiosa de todos los grandes remolinos humanos pudiesen entretenerle mucho tiempo.

Este móvil era en realidad la desesperación: las naciones eran tan desgraciadas, que se les imponía el deseo del cambio. El estado continuo de la Europa feudal, sacudido siempre por las guerras y las discordias, era tan deplorablemente incierto, ó más bien tan constantemente impregnado de desgracias inevitables, asaltos y derrotas, hambres y pestes, incendios y matanzas, que todo, hasta lo imposible, parecía preferible á lo presente. Únicamente la esperanza de lo mejor podía arrojar á los desgraciados fuera del terruño natal hacia países de tal modo lejanos que su distancia parecía incalculable y cuya dirección por tierra ó por mar estaba más ó menos vagamente indicada por peregrinos ó mercaderes que se referían á los astros del cielo. Unas leyendas análogas á las que en tiempos pasados habían determinado la invasión de los bárbaros en las Galias y en todos los países mediterráneos hasta en Africa, contaban maravillas de todas esas comarcas del Oriente. Se sabía que las «Indias», la lejana región del Sol Levante, era el lugar de procedencia de los rubíes, de los diamantes y del oro, y no se ignoraba que Constantinopla debía sus riquezas al poco tráfico que lograba pasar entre las hordas de los invasores mahometanos del Asia anterior. Imaginábase también cándidamente que sería fá-

cil despejar todas las vías de acceso que conducen hacia esos países afortunados, cuyos caminos habían cerrado los odiados Sarracenos. Cada uno tenía su ambición que satisfacer: el fraile llegaría á ser apóstol, obispo ó patriarca; el señor «sin haber», como lo era el famoso Gauthier, uno de los jefes de la primera cruzada, comenzaría por ser jefe de banda y después se elevaría al rango de general de ejército; el caballero no podría menos de apropiarse un gran feudo, y el simple soldadote, el escudero, contaba por lo menos con un fructuoso pillaje; todo eso bien valía la pena de arriesgar la vida, mucho más si se considera que igual riesgo se corría permaneciendo en Europa luchando con los malandrines de toda clase y de todo país. Así se lanzaron locamente las gentes á correr las aventuras.

Además algunos de los apóstoles de las cruzadas no temieron hacer un llamamiento directo á móviles más verdaderos, á aquellos que suelen velarse bajo elegantes discursos: Urbano II, dirigiéndose á los cristianos de Clermont, en 1095, les habló un lenguaje absolutamente idéntico al de un economista actual, que hablara á sus electores de colonización ó de nuevos mercados: «La tierra que habitáis, cerrada por todas partes por mares y montañas, es estrecha para vuestra demasiada población; está desprovista de riquezas y apenas suministra el alimento á los que la cultivan. A causa de ello os destrozáis, lucháis y os matáis unos á otros. Aplacad vuestros odios y tomad el camino del Santo Sepulcro». Como se ve, según el mismo vicario de Jesucristo, ¡la tumba del Salvador no podía ser rescatada sino por la alianza de Dios y Mammon! Y el emperador de Bizancio, Alejo Comneno, escribiendo á los barones de Occidente, les dijo con tanto cinismo como Bonaparte dirigiéndose al ejército de Italia: «Si tantos males, si su amor por los santos apóstoles no sublevar á los cristianos, tiéntese al menos su avaricia por el oro y la plata retenidos en abundancia por los infieles, hágaseles pensar en la belleza de las mujeres griegas»¹. Además la seguridad de la salvación prometida por los sacerdotes debía contribuir algo hasta en aquellos que creían á medias: el papa proclamaba el perdón de sus pecados á todo el que tomase la cruz, y el viaje armado asegu-

¹ Fray Robert; Guilbert de Nogent, *Hist. Hieros.*, citados por Raoul Rosières, obra citada, ps. 240, 241.

raba la gloria. ¿No era admirable expiar todos los crímenes anteriores de violencia y de muerte, dándose el placer de cometer otros nuevos, pero esta vez contra los Musulmanes?

Mucho antes de que las cruzadas hubiesen comenzado oficialmente, estaban ya en plena realización. Sería justo decir que el movimiento duró setecientos ú ochocientos años, desde el choque de Carlos Martel con los moros en el Poitou y la Septimania hasta las expediciones de Carlos V á las costas Berberiscas. Las guerras continuas de los Españoles del Norte contra los Arabes del Sud constituían solamente la parte occidental del gran conflicto; allí, el contacto inmediato de los beligerantes entretenía incesantemente la batalla, mientras que, más al Este, de un extremo al otro del Mediterráneo, los choques exigían largos preparativos y daban lugar á más extensas matanzas, y los anales, enumerando todas las expediciones pequeñas y grandes, demuestran que hubo más de seis ú ocho cruzadas¹. Una necesidad de clasificación ordenada ha inclinado á los historiadores á no describir sino las más importantes de esas expediciones para no perderse en la confusión de los detalles; pero en toda ocasión se formaban bandas más ó menos fuertes, grupos de peregrinos armados ó de bandidos aislados que se dirigían constantemente á Tierra Santa, engrosando los ejércitos, reemplazando las bajas ó desapareciendo en el camino.

Antes de conquistar la Palestina, el primer acto debía consistir en despejar el Mediterráneo, que pertenecía por completo á los Arabes. Ya, al principio del siglo XI, en 1015 y 1016, las flotas de Pisa y de Génova se apoderaron de Cerdeña, que Mogehid, el señor de Denia, en la costa de Valencia, había unido á su principado. Las Baleares, que pertenecían al mismo príncipe árabe de España, no cayeron en poder de las repúblicas italianas hasta el transcurso del siglo siguiente; pero ya la gran isla que ocupa el centro mismo del mar Interior, Sicilia, había sido tomada por los Normandos. Estos, de piratas, habían llegado á ser príncipes y reyes, y en tanto que Roberto Guiscard, hijo de Tancredo, se apoderaba de las provincias meridionales de Italia, su hermano Roger atrave-

¹ Raoul Rosières, *Recherches critiques sur l'Histoire religieuse de la France*, p. 239.